



## LOS PALEONCEFÁLICOS

Los paleoncefálicos son, como casi todo el mundo sabe, los encéfalos del paleolítico inferior. Ya empiezan a decir que la apertura está bien, pero que es necesario poner el énfasis en lo cualitativo. La apertura en las faldas de la mujer (y eso que los vestidos de la mujer se abren siempre por donde menos se espera, como decía Marañón) les parece muy poco cualitativo. Ellos saben muy bien que es un proceso. Se empieza por un escote y se termina en el derecho a la huelga. Además, querer reducirlo todo a lo cualitativo es ignorar el proceso de unos dos mil años. Lo cualitativo salta, como una chispa, de lo cuantitativo, y lo principal, de lo secundario. Un hombre, es una víctima; dos, una cuadrilla; tres, un pelotón de fusilamiento; cuatro, una asociación; cinco, una delantera de un equipo de fútbol; seis, una reunión ilegal; siete, el pueblo soberano, y ocho, los portugueses que derribaron el salazarismo, porque los demás se limitaron a aplaudir y a comprar claveles. ¿Dónde está ahí lo cualitativo? En la pura adición, en el incremento. El hombre es planetario y repercute, conforme nos enseña la segunda ley de la termodinámica. No se trata de levantar el velo a las novicias y que den hijos a la patria, eso no. Nada de trascendentalismos. Pero, hombre, un poco de fiebre griega, un tanto así de paganismo, le es preciso al hombre. Es la humilde, la inocente, la temblorosa libertad pequeña sobre la que el hombre edifica su grande libertad. (Aplausos.) Porque se empieza echando cemento en los escotes y se termina quemando a Miguel Servet. En la naturaleza no hay saltos. Los paleoncefálicos saben muy bien que un muerto que empieza a resucitar no puede obtener, de buenas a primeras, el derecho a la huelga. Lo primero que le hace falta es un tentempié, un poco de calor y unas gafas de sol. Ladinamente, los paleoncefálicos dicen que lo cualitativo es lo cualitativo, y quieren que los medio muertos, que todavía no han tenido tiempo de quitarse la mortaja, asalten la Bastilla. No caeremos en la trampa. La revolución del proletariado, o como se diga, está al final del proceso. Y se empieza por el destape, el descorche y el desmadre. Todo a su tiempo.

LICANTROPO

**S**EGUN se lee en los periódicos, según se habla en las tertulias, según se oye en las mesas de los cafés esta última etapa político-económico-social española podría ser definida como el ciclo de la empanada-crak. Seguramente antes las cosas estaban más claras: en el corto plazo de mi vida uno ha pasado por el período de autarquía de los años cuarenta cuando toda la filosofía política consistía en agarrarse a un boniato y guardar turno en la cola del aceite. Eran tiempos de pertinaz sequía y de cerco internacional, pero las cosas estaban claras. Luego, por los años cincuenta aparecieron los americanos y la calle Ballesta floreció de cubalibres; vino el Nuncio y España como siempre pasó a ser la hija predilecta del corazón del Vaticano; reverdecíó la tradicional amistad con los países árabes y se dejaron caer por aquí los jeques del desierto con la toalla en la cabeza. La gente no pensaba en el petróleo, sino en las concubinas del harén. Pero las cosas estaban claras.

Llegó después la estabilización y los tecnócratas con su maletín lleno de coyunturas. Comenza



## EMPANADA-CRAK

ron a entrar los primeros turistas y aunque al principio hubo cierta confusión de moral el pueblo se adaptó en seguida. Se cambió el corsé de ballenas por el bikini, las mujeres españolas dejaron de bañarse en enaguas y se decidieron a acompañar al novio a la pinada montadas en vespa. El personal comenzó a comer pollo al ajillo. Como es lógico el país seguía siendo la reserva

espiritual de Europa y a dos por tres el político de turno salía al paso de alguna insidiosa campaña en el extranjero; había algún contubernio que otro, se agitaban las camarillas de politicastro de siempre, pero las cosas estaban claras.

Al final apareció el consumo, el pluriempleo agónico para pagar el transistor, vino la lucha del seiscientos contra el bache de las carreteras y los del Opus con la tabarra de la renta per cápita. Ya no había congresos eucarísticos y los curas comenzaron a correr, pero el país, recién estrenado el tráfico de la letra de cambio, estaba ilusionado y sumido en el baño general de coca-cola. En cambio ahora todo es confusión: los periódicos son un guirigay de críticas y protestas, los políticos dicen y desdicen, unos hablan de apertura y otros de cerrojo, unos prometen participación y otros exigen cerrar filas; los precios suben con impudor, los agoreros predicán la apocalipsis económica. Y aquí no hay quien se entienda. Lo dicho, esta última etapa es la de la empanada-crak.

VICENT